

PATRICK LEIGH FERMOR

# MANI

VIAJES POR EL SUR  
DEL PELOPONESO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE AGUSTINA LUENGO

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Mani. Travels  
in the Southern Peloponnese*

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1958 by Patrick Leigh Fermor  
© de la traducción, 2010 by Agustina Luengo Ferradas  
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, dama micénica del siglo XIII a.C.  
En el interior, ilustraciones de John Craxton  
y mapa de John Woodcock

ISBN: 978-84-92649-67-9  
DEPÓSITO LEGAL: B. 33 460-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## AL SUR DE ESPARTA

—Será mejor que tenga cuidado si piensa subir a Anavrito—dijo de forma inquietante el joven barbero, mientras hacía que siseasen sus tijeras. Las introdujo en otro pelluzgón enmarañado a causa del polvo. Hubo un crujido de amputación y un nuevo mechón se unió al anillo de indistintos desperdicios que se había formado en el suelo. La cabeza reflejada, que, en el espejo de enfrente, emergía de un sudario, parecía contraerse a ojos vistas. Ya la sentía unos gramos más ligera—. Son gente rara.

—¿Por qué debería tener cuidado?—Había algo ambiguo en su advertencia. A lo largo del fondo de la tienda, los rostros espartanos del reflejo se hallaban bisecados con alegres sonrisas de anticipación.

—¿Por qué?—El policía se inclinó hacia delante—. ¡Ellos lo dejarán en cueros!

Un viejo árcade, vestido con una *fustanella*, la tradicional falda, fue aún más lejos:

—Te desollarán vivo, hijo—aclaró.

Un niño, sonriéndole al codo del barbero, dijo, radiante:

—¡Lo devorarán!

Algo en el tono que todos ellos empleaban hacía que fuese imposible considerar sus advertencias con excesiva preocupación. Quise saber por qué había que temerles tanto.

—Porque son judíos—respondió el policía.

—Eso es lo que ellos dicen—añadió uno de los espartanos.

—Por supuesto que son judíos—chilló el árcade, volviéndose hacia aquél—. Todos los lugareños de Anavrito y de Tripi son judíos. Siempre lo han sido. —A estas alturas los hombres del reflejo se bamboleaban con una risa desenfundada ante la idea de estos dos pueblos semitas de la cima del monte Taigeto.

Fue un extraordinario retazo de información. Nunca había oído hablar de judíos en el Peloponeso. Hasta donde yo sabía, los únicos judíos en Grecia eran los sefardíes del norte—en Salónica y algunas poblaciones de tierra firme, entre ellas, Ioánina, Naoussa, Preveza y Arta, así como en una que otra de las islas—, que hablaban ladino y el español del siglo xv. Su historia es bien conocida. Expulsados de España por Fernando e Isabel, el sultán les ofreció hospitalidad en las zonas de Constantinopla y de Salónica, tal como lo hicieron los Medici, que les permitieron arraigar y multiplicarse en Grosseto y Livorno. No hay sentimientos antisemitas entre los helenos: a los comerciantes griegos les complace pensar que son capaces de burlar a cualquier judío, o, y no en último lugar, a cualquier armenio. En las obras del Karaghiozis, el teatro de sombras, las marionetas que representan a los judíos son figuras amablemente absurdas, llamadas Jacobo y Moisés, que, con sus caftanes y sus barbas puntiagudas, cómicamente, exponen sus quejas el uno al otro en un griego chapurreado, punteado con chillidos nasales. Sus números han sido cruelmente reducidos por la ocupación alemana.

Pregunté si los pobladores de Anavrito hablaban español. El reflejo de un sacerdote se echó hacia delante, chasqueando la lengua en señal de negación: era el hombre más melencólico que jamás haya visto. («¿Qué estará haciendo aquí?», pensé. Los clérigos ortodoxos tienen prohibido afeitarse y cortarse el pelo). Como a través de un agujero practicado en un negro almiar, dos ojos oscuros miraban detenidamente hacia el espejo.

—No—dijo—, hablan griego, como el resto de nosotros. Cuando san Nicón el Penitente, el apóstol de los laconios, convirtió a nuestros ancestros al cristianismo, esta gente habitaba la llanura. Buscaron refugio en lo alto de los peñascos, como las cabras, y han vivido allí desde entonces. Van a la iglesia, reciben los sacramentos. Son buenas personas, pero, sin lugar a dudas, son judíos.

—Por supuesto que lo son—repitió el viejo árcade.

Ya rasurado y con el pelo cortado, así como despojado de los restos de cabello merced a un cepillo, me preparé para marcharme. El anciano se asomó por la ventana hacia la tórrida Esparta, y, agitando su cayado, con la boca bien abierta, enseñando unas encías equipadas con un solitario colmillo ceniciento, gritó: una repetición de su advertencia de que nos desollarían vivos.

El hombre que nos guiaba hacia los mosaicos—la única antigüedad que sobrevive en el interior de la moderna ciudad de Esparta; grecorromana, por añadidura—tenía la misma historia para contar. Se trataba de gente extraña; judíos... Descendimos con él unos peldaños por debajo de una techumbre improvisada. Con un giro de su muñeca, vació una jarra sobre la indefinida imagen gris del polvoriento suelo. El agua cayó en una enorme estrella negra, y, a medida que se expandía hacia los márgenes, las formas adquirían definición, los colores revivían y afloraban deleitosas escenas. Orfeo, con un gorro frigio, tañía su lira en el centro de un embelesado grupo de animales selváticos: conejos, leones, leopardos, ciervos, serpientes y tortugas. Aquiles, afeminado y delicado, como un Antínoo, emergía a la superficie en medio de las mujeres de Esciros. Al lado, otra salpicadura esparció aún más lejos los encantamientos: Europa—adorable, como una obra de Canova, con hombros cual una botella de champán y con un talle de avispa, los muslos gruesos, las piernas largas, merecedora del epíteto de Calipigia—, sentada a mujeriegas a lomos de un magnífico toro que hacía frente a la espuma y pasaba a su través, en dirección a Creta.

—Cuán satisfecho está Zeus por llevarla a sus espaldas—observó el hombre—. Mirad, sonríe para sí.

Cuando nos marchamos, el agua ya se estaba secando en los primeros mosaicos, y las flores, las figuras y las bestias,

casí desvanecidas por completo, regresaban a la invisibilidad. En tiempos de Pausanias, el más apreciado de todos los objetos de la ciudad era un fragmento de la cáscara de uno de los dos huevos de Leda, el portentoso huevo de doble yema en el que Helena fue incubada. (El otro albergaba a Clitemnestra; ambas compartían la cáscara con uno de los divinos gemelos).

La ferocidad del resplandor que, durante todo el día, se había abatido sobre la principal calle espartana ya había menguado. La llanura laconia fue refrescándose. Unos kilómetros allende los tejados y la enmarañada vista de árboles, el Taigeto se prolongaba, abrupto, hacia el cielo, una palizada que tenía el aspecto de ser tan escarpada e imposible de escalar como el Himalaya. Por el flanco de esta grandísima barrera trepaba un camino, un grabado de curvas que duraban un kilómetro y de ángulos agudos como una regla plegable; arriba, arriba, hasta que desaparecía entre los picos cuyas rocas, más pálidas, producían la ilusión, convincente hasta un cierto punto, de hallarse cubiertas de nieves eternas. Ésta era la vía hacia Anavrito, la avanzada de nuestra particular incursión en Mani. Un hombre de Mistra, a quien habíamos conocido por casualidad y que resultó ser el gerente de banco de la soñolienta Esparta, nos aguardaba con su *jeep*, tal como nos lo había prometido; mientras nos desplazábamos velozmente por los bosques umbríos, dirigiéndonos hacia el punto en el que comenzaba el gran zigzag ascendente, repetí mis preguntas acerca de los pobladores de Anavrito.

—Sí—respondió él, abriéndose camino a fuerza de bocinazos a través de un tintineante rebaño de cabras; sus alabeadas cornamentas nos rodearon por un momento en un soto enmarañado—, todos dicen que son judíos, pero nadie sabe el porqué, ni de dónde vienen. Tonterías, probablemente.

Era algo muy extraño. Quizá este hombre estuviese en lo cierto. Y, sin embargo, el mundo griego, con sus absorciones y dispersiones, con sus ramificaciones propias de una odisea,

es una inagotable caja de Pandora, llena de excentricidades y excepciones a toda regla concebible. Pensé en la abundancia de insólitas comunidades: los dispersos bektashi y los rifaiyya; los derviches mevlevíes de la Torre de los Vientos; los liaps de Suli; los pomacos de Ródope; los qizilbash de las cercanías de Kékhros; los hombres que caminan sobre el fuego de Mavrolévki; los lazi de las costas pónicas; los lino-bambaki—musulmanes de Chipre, secretos practicantes del cristianismo—; los dönmehs—musulmanes de Salónica y de Esmirna, ocultos creyentes del judaísmo—; los eslavófonos del norte de Macedonia; los kutzo-valacos de Samarina y de Metsovo; los chams de Tesprocia; los desperdigados suliotas de Rumelia y de las Siete Islas; los albaneses de la Argólide y de Ática; los mendicantes kravarites de Etolia; los errantes curanderos de Euritania; los bounariots de Tirnavos, seguidores del culto fálico; los karamanlides, de Capadocia; los tsakonios del golfo de la Argólide; los ayassians de Lesbos; los francolevantinos católicos de las Cícladas; los turcófonos cristianos de Karaman; los teñidores del monte Ossa; los *mangas* de El Pireo; los nobles vénetos de las islas Jónicas; los veterocalendaristas de Keratea; los testigos de Jehová, de Tasos; los nómadas sarakatsani del norte; los turcos de Tracia; los sefardíes de Tesalónica; los pescadores de esponjas de Kalimnos y de los arrecifes caribeños; los maniotas de Córcega, Toscana, Argelia y Florida; los grecófonos, en vías de extinción, de Calabria y de Otranto; los turcos de lengua griega, próximos a Trebisonda, en los bancos del Of; los ubicuos gitanos; los chimarriotas del Acroceraunia; los minoritarios gagauzi de la Tracia oriental; los mardaítas del Líbano; los gasmouli, mitad francos, de Morea; las pequeñas diásporas de los armenios; los bávaros de la ática Heraklion; los chipriotas de Islington y Soho; los sahibs y los boxwallahs de Nicosia; los emigrantes ingleses de Kyrenia; los monjes basilios, tanto cenobíticos como idiorrítmicos; los anacoretas del monte Athos; los quiotas de Bayswater y los del Guard's

Club; los mercaderes de Marsella; los corredores de algodón de Alejandría; los propietarios de barcos de Panamá; los verduleros de Brooklyn; los amariotas de Lourenço Marques; los áticos de Sfax, de lengua albanesa; los felahs cretenses de Luxor; los elasites de más allá del telón de acero; los corredores de Trieste; los lazi de Mariupol, hablantes del tártaro de Crimea; los pónticos del mar de Azov, del Cáucaso y del Don; los turcófonos y armenófonos lazi del sur de Rusia; los griegos del delta del Danubio, Odesa y Taganrog; los rentistas en perpetua *villeggiatura* a la vera de los lagos suizos; los alfareros de Sifnos y de Mesenia; los exagerados y los fantasmas de Mikonos; los karagounides de la llanura de Tesalia; los nyklianos y los *achamnómeri* de Mani; los pequeños limpiabotas de Megalópolis; los francos de Morea; los bizantinos de Mistra; los venecianos, genoveses y pisanos del archipiélago; los muchachos y las muchachas secuestrados, unos para las guardias jenízaras, las otras para los serrallos; las bandas catalanas; los fabricantes de entramados, de Zagarochoria, de habla kondaritik; los hablantes de loubinistika de los burdeles; los anglosajones de la Guardia Varega; los viejos ingleses de la compañía levantina; los *kleftes* y los armatoles; los kroumides de la Cólquide; los koniarides de Loxada; los contrabandistas de Ayvalik; los lunáticos de Cefalonia; los almirantes de Hidra; los fanariotas de la Sublime Puerta; el príncipe y los boyardos moldavo-valacos; los Ralli Brothers de India; los Whittal de Constantinopla; los leprosos de Spinalonga; los prisioneros políticos de Makronisi; los *Hello-boys*, a su regreso de Estados Unidos; los dos japoneses asadores de cerdos, ex convictos de Creta; el solitario negro de La Canea y un errante árabe que vi años atrás en Domokos; el chino de Kolonaki, vendedor ambulante de té, muerto en El Pireo durante la guerra, a causa de una bomba... Si todos éstos, por nombrar unos pocos, ¿por qué no los criptojudíos del Taigeto?

Íbamos ganando altura a un paso vertiginoso. A cada cur-



va que tomábamos, una nueva extensión de Laconia se desplegaba debajo de nosotros. Estas faldas de montaña ya estaban en sombras, pero las correspondientes laderas del monte Parnon se hallaban inmaterializadas por la tenue luz. Los vespertinos rayos solares incidían de refilón a través de las anfractuosidades de las montañas, llenando con verde y dorado, así como con suaves sombras, las elevaciones y las hondonadas de la depresión lacedemonia. Los errantes meandros del Eurotas se habían contraído en un hilo de agua cuyo recorrido era señalado por adelfas que abrían los frescos, verdes haces de hojas lanceoladas y de bonitas flores de papel blanco y rosa sobre poco más que el recuerdo del agua: un recuerdo cuyo reflejo, a través de los áridos meses que habrían de llegar, protegería del agostamiento a sus brillantes pétalos. Álamos, sauces, chopos y plátanos se agitaban a lo largo de las riberas, los olivares moteaban de verde plateado las moderadas pendientes, y los troncos de los árboles proyectaban una sombra cada vez más larga. En numerosos lugares, la oblicua luz del sol atrapaba los discos de las eras, que, tan lisos e impecablemente circulares como la base para un templo cilíndrico, brillaban como monedas. Ascendimos a una zona en la que parejas de águilas, señoriales y reservadas, planeaban en círculos, separadas unas de otras por unos pocos metros de aire: el último vuelo de la jornada. Las angulosas sombras avanzaban sobre la llanura de debajo, apagando de uno en uno los destellos de las eras.

Nada en la gracia y en el encanto de todo esto podía recordarle a uno la Esparta tan poco dada a los libros y a las musas. El tiempo ha borrado todos los indicios de las odiosas costumbres de aquella Potsdam del Peloponeso, y un mensaje mucho más antiguo, esclarecido por la indestructible verdad de la leyenda, alcanza al observador a medida que éste mira hacia abajo; un anuncio tan milagroso y consolador como la mano de la argiva Helena apoyada sobre su frente. El observador recuerda que aquí se alzó el palacio

de Menelao, ante cuyas puertas Telémaco y Pisístrato refrenaron su carro con el afán de tener noticias de Odiseo; aquí permanecieron como huéspedes del rey de cabellos rojos y de su intemporal reina, y, amodorrados por el nepente, cayeron dormidos. Unos kilómetros al noroeste se extiende el desfiladero que los condujo de regreso a Pilos. Alcanzando Kalamata<sup>1</sup> hacia el ocaso, al día siguiente sus ruedas redujeron la velocidad en las arenas.

El gerente de banco lanzó su *jeep* por las pendientes escarpadas. Había tenido comienzo una carrera contra el sol. La línea de sombra ascendía por las laderas del Taigeto con la inexorabilidad de las mareas, y por momentos nos sumergía en ella, hasta que algún giro abrupto del camino, que hacía que el coche se sacudiese vertiginosamente, nos alzaba, boyantes, una vez más hacia un último y preciado resplandor. Pero de repente, con un postrero y brusco viraje, nos zambullimos definitivamente en la sombra. El camino giraba hacia el interior por un verde y elevado valle que, con sus árboles y sus rebaños, fue rápidamente colmándose con el crepúsculo. A medida que oscurecía, este encumbrado valle se volvió cada vez más calmo y misterioso, y la vía se redujo a un sinuoso sendero; por fin, las luces de Anavrito, trémulas, brillaron en la oscuridad. Es tal la fuerza de la sugestión que el primer pastor pareció semejarse, bajo el fulgor de los faros del *jeep*, a un yemení de piel clara. Aguardábamos a que, de un momento a otro, nos rodeasen los Shylocks, los Fagins y los Svengalis, los asombrosos pobladores que, con sus caftanes, sus bosques de barbas rojas y negras, sus rostros de cera, sus tirabuzones a ambos lados de la frente y sus sombreros negros (ocasionalmente, un rabino con una cola de zorro enroscada en torno a su cabeza), cercan a los recién llegados en muchas localidades de la Alta Moldavia o Bukovina.

Cuando alcanzamos el centro de Anavrito, fue algo de-

<sup>1</sup> La antigua Feras.

cepcionante hallarnos en el corazón de una ordinaria asamblea de campesinos laconios. Aquí y allí la voluntad de creer producía la ilusión de unos rasgos hebreos, pero ese espejismo no podía menos que desvanecerse cuando el extraño se aproximó un poco más a las luces de la cafetería. El gerente de banco se sumergió en la noche con su *jeep*, y nosotros, mientras bebíamos vino tras una comida consistente en huevos y patatas, discutimos los distintos caminos para cruzar el Taigeto y llegar hasta los maniotas. «¡Los maniotas!», exclamaron todos. ¿Por qué deseábamos ir donde ellos? Se trataba de gente terrible: salvajes, traicioneros, pendencieros —*machairovgáltes!*—, que, ocultos tras las rocas, disparaban a las personas. La consternación era general. Sólo un hombre habló en su defensa: en realidad, dijo, eran muy buena gente, y con los extraños se mostraban tan amables como corderos.

Los mapas estaban desplegados; despabilamos la lámpara. La mayoría de quienes nos acompañaban recomendaba marchar hacia el oeste, a través de los pueblos de Bergandéika y Gianitsa, en dirección a las llanuras de Kalamata, para luego girar al sur y seguir por la costa occidental de Mani. Finalmente, sin embargo, persuadidos por un hombre de mediana edad y de aspecto sepulcral, llamado Yorgo, nos decidimos por un camino que corría en sentido suroeste hacia el centro de la península. Aunque sólo las más delicadas líneas de puntos cruzaban los múltiples contornos del mapa, así como las manchas púrpuras y verdes, de intensidad creciente, que se extendían por la divisoria de aguas del Taigeto, la vía escogida parecía más corta. Puesto que ésta era intransitable para las mulas, las negociaciones formales por una bestia quedaron descartadas y Yorgo aceptó no sólo cargar con gran parte de nuestra desordenada impedimenta, sino también guiarnos hasta la población de Kampos. Los mapas hacen de cualquiera un mariscal de campo, y los dedos índices no tardaron en empujarse unos a otros sobre el paisaje de papel pintado, mientras una docena de bocas intentaba pronunciar

los topónimos impresos en caracteres latinos, transformando (con suma naturalidad) la *x* en *cb*, la *p* en *r*, la *b* en *v*, la *h* en *e*, así como improvisando con fervor sonidos para las letras que carecen de símbolos similares en el alfabeto griego; todo ello con extraños resultados. No había uno de los lugareños que no sintiese el deber de poner su dedo sobre el diminuto grupo de puntos que señalaban la ubicación de Anavrito. «*Na to!*—decían, chasqueando la lengua—. ¡Ahí está! ¡Pues mira sus conocimientos de la localización de nuestra aldea, tan alejada de Londres!».

Iluminadas por las lámparas, las órbitas de sus ojos parecieron expandirse a causa del placer.

La aldea subsistía, comentaron, y lo hacía de manera próspera, gracias a la curtiembre de las pieles—traídas de las llanuras en mulas y en carros—con las cortezas de los bosques del valle. Cortaban el cuero y cocían las piezas para fabricar botas y zapatos. También tejían mantas y esas esteras hechas con sogas gruesas que se utilizan en las prensas de aceite durante la cosecha de la oliva. Perpetuamente había pequeñas caravanas de mulas que emprendían su viaje cargadas con estos géneros, los cuales eran ofrecidos de casa en casa en las aldeas montañosas y en los mercados de Laconia, Mesenia y Arcadia. Estas actividades industriales y mercantiles son inusuales en una pequeña comunidad de montaña y yo, al final, dado que se habían vaciado unas cuantas jarras de vino, me animé a formular la pregunta que había tenido en la punta de la lengua durante toda la noche: ¿qué era eso de los orígenes judíos tanto de su aldea como de Tripi? Hubo un alegre estallido de risas.

—Disparates—dijo uno de los lugareños—. Esos dormidos patanes de las llanuras están celosos porque nosotros somos más inteligentes, más trabajadores y, fundamentalmente—se inclinó hacia delante, sonriendo de manera significativa—, mejores comerciantes que ellos.

—Eso mismo—añadió otro—. Los de Anavrito somos tan brillantes como ellos mismos nos hacen. Podemos clavarle

herraduras a un piojo. —El hombre cerró un ojo y un primoroso gesto con sus callosas manos representó este delicado trabajo de herrero: los dedos de la mano izquierda parecían asir la pata trasera de un piojo, al tiempo que los de la derecha manejaban un delicado y diminuto martillo.

—Podemos volar—indicó alguien más.

—Somos capaces de venderte el aire—agregó un cuarto.

—Dormimos con un ojo abierto—explicó un quinto.

—Los llaneros están celosos porque nuestro ingenio es más veloz—continuó el que había hablado en primer lugar—. ¡Vienen hasta aquí por lana y los enviamos trasquilados!—El buen humor era universal y el vino volvió a aparecer.

—Somos tan cristianos como ellos, y siempre lo hemos sido.

—Sí, pero ¿desde hace cuánto pervive esta broma sobre la ascendencia judía?

—Desde siempre—fue la orgullosa respuesta—. Por los siglos de los siglos...

Un aldeano entrado en años, llamado Dimitri, nos adoptó por una noche y nos condujo a su hogar. A los balcones, que, casi tan grandes como las propias casas, sobresalían hacia los senderos, se llegaba desde fuera por medio de unas ocultas escaleras diagonales sostenidas por pilares de madera. En uno de esos balcones, la esposa de Dimitri extendía contra el aire de la montaña edredones y mantas escarlatas. El anciano, apoyado sobre la barandilla y fumando un último cigarrillo, dijo que él pensaba que acaso hubiese algo de cierto en la historia de los judíos y la huida de san Nicón. «Pero ¿quién podría saberlo? Ha pasado tanto tiempo..., años y años..., más de cien quizá...».

Había luna nueva. ¿Quiénes *habían sido* los de Anavrito, entonces? Probablemente, simples griegos, como los del resto de Laconia. Después de todo, los kravarites han dicho que las moreras de Perista fueron hace siglos plantadas allí

por los judíos, y los tsakonios de Ágios Andreas se han referido a los habitantes de la cercana Korakovounio como «judíos», queriendo tal vez con esto significar nada más que «extraños» o «personas que ignoran el dialecto tsakonio». Y los quiotas reciben el mote de «judíos» a causa de su sagacidad para los negocios... Y también están las actividades de los oriundos de Anavrito... Un enigma. Tras la invasión eslava del Peloponeso, estas montañas en particular fueron el refugio de una salvaje tribu de búlgaros, los meligs. ¿Sería posible que algunos de ellos, permaneciendo ajenos a toda integración más tiempo que los demás y aún paganos, hayan sido llamados «judíos» y que este apodo se les haya quedado adherido incluso después de su conversión y adaptación? Sin registros, esto es imposible de desentrañar. El pesado y vínicco sueño alisó estas arrugas de perplejidad.

No fue sino mucho después cuando esta perplejidad llegó de alguna manera a una solución. Puesto que, en efecto, ha habido judíos en el Peloponeso. Gemisto Pletón (el gran humanista de la corte de los Paleólogos en Mistra, pocos años antes de la invasión de los turcos; Segismundo Malatesta hizo que su cuerpo fuese recuperado y enterrado en Rimini) sostenía que los habitantes del Peloponeso eran de la más pura ascendencia helena. Mazaris, el autor satírico del tardío Imperio bizantino, ridiculiza estas aseveraciones en un libelo al estilo de Luciano, escrito de manera atroz y titulado *Estadía de Mazaris en el Hades*. Allí clasifica a los oriundos de Morea en griegos (lacedemonios y peloponesios), italianos (vestigios de los conquistadores latinos), eslavos (esclavinios), ilirios (esto es, albaneses), egipcios (gitanos) y judíos. Como este panfleto ha sido escrito con el manifiesto propósito de atacar a Pletón, sus aseveraciones resultan sospechosas, si bien la historia les otorga cierta verosimilitud. Benjamín de Tudela y Abraham ibn Daud, los dos errantes rabinos espa-